

no se hallará sobre la tierra tradicion más constante.

Un hombre de una erudicion inmensa<sup>1</sup>, ha probado que se halla en todos los pueblos de la tierra; que los Griegos la habian recibido de los Egipcios y de los Fenicios; que toda la antigüedad ha reconocido la existencia de espíritus inferiores al Dios supremo, y criados por él para presidir al órden de la naturaleza, á los astros, á los elementos, á la generacion de los animales. El mundo, segun Thales y Pitágoras, está lleno de estas *sustancias espirituales*<sup>2</sup>. Se las creía esparcidas en los cielos y en el aire. Se dividian en dos clases, una de espíritus buenos, y la otra de espíritus malignos<sup>3</sup>, inferiores á los

» cas y ruegos de los fieles. (*Tertul. de Or.*) Estaban tan persuadidos de este ministerio de los Angeles, que Origenes contado con razon aun por los protestantes en el número de los teólogos más sublimes, invoca pública y directamente al Ange del Bautismo, y le recomienda á un anciano que acababa de hacerse hijo suyo en Jesucristo por este sacramento.... Cuando veo en los Profetas y en el Apocalipsi, y en el Evangelio mismo aquel Ange de los Persas, el de los griegos, el de los Judios, el Ange de los Niños, que toma su defensa delante de Dios contra los que los escandalizan; el Ange de las aguas, el del fuégo, y así otros: cuando veo entre todos estos Angeles al que pone sobre el altar el celestial incienso de las oraciones, reconozco en estas palabras una especie de mediacion de los santos Angeles: y descubro tambien el fundamento que pudo dar ocasion á los paganos de distribuir sus divinidades para presidir en los elementos y en los reinos, porque todo error está fundado sobre algunas verdades de que se abusa. » (*Préface de l'Apocalypse.*) La existencia pues de los buenos y malos espíritus que concurren, aunque de un modo diferente, á la ejecucion de los designios de Dios, y son como los instrumentos de su providencia en el gobierno del mundo, aun material; esta creencia, tan antigua como el género humano, pertenece á la tradicion universal, y hé aqui porque consagrada por el Cristianismo hace parte de la sociedad universal ó católica.

1 Huet, *Anetane quæst.* l. 2. c. 4. p. 126 á 137.

2 Plutarch. *De placit. philos.* l. 1, c. 8. Diog. Laert. *in thales.* Laert. *in Pytag.* — Esta misma es la doctrina de Confucio, consignada principalmente en los *Ssé-chou* ó *Los cuatro libros*, compuestos por sus cuatro principales discipulos, que escribieron las lecciones que habian recibido de él, apoyándose siempre en sus propias palabras.

3 Empedoclés decia que los malos demonios son castigados por las faltas que han cometido. *Plutarch de Isid. et Osirid.*

primeros<sup>4</sup>. Platon habla de un Príncipe de una naturaleza maligna<sup>2</sup> puesto á la frente de estos espíritus arrojados, segun Plutarco, *por los dioses y caidos del cielo*<sup>3</sup>. La creencia de los Angeles de guarda, ó génius destinados á velar sobre el hombre desde su nacimiento hasta su muerte, no era menos antigua ni menos general.

La idolatría misma, aunque bajo una multitud de formas diferentes, estaba casi toda reducida al culto de los espíritus esparcidos en el universo<sup>4</sup> y al de los hombres,

1 *Sciunt dæmonas philosophi... dæmonas sciunt poetæ, et jam vulgus indoctum in usum maledicti frequentat; nam et Satanam principem hujus mali generis, proinde de propria conscientia animæ eadem execramenti voce pronuntiat. Angelos quoque etiam Plato non negavit: utriusque nominis testes esse vel magis ædsunt. Tertul. Apolog. adv. gent. cap. 22.* — Segun los Caldeos hay diferentes especies de demonios. Son tantos que el aire está lleno de ellos: están animados de un odio violento contra Dios. Enemigos del hombre, le engañan, le seducen y mueven al mal. *Marc. ap. Psell. in dialog. De operatione dæmon.* — Los Arabes llaman al jefe de los demonios *Iba*. es decir, *el Refractario; Scheitan* ó *Satan, el Calumniador; y Eblis, el Desesperado.* D'Herbelot, *Bibl. orient. art. Div.* t. 2. p. 322, 323.

2 *De Legibus, l. 10.*

3 Plutarch. *De vitand. ære alieno.* La caída de los ángeles rebeldes está indicada claramente en Eschylo. Prometeo habla de una *sedicion* que hubo en el cielo entre los dioses, queriendo unos arrojarse á Kronos de su solio para que reinase Zeus, y oponiéndose los otros á que Zeus reinase sobre los dioses. Estos fueron precipitados con Kronos su jefe, á las oscuras profundidades del Tártaro. *Prometh. Scen. 3.* — *Vid. et Hesiod. Theogon. v. 636 y sig. — Ovid. Metamorph. l. 1, v. 151 y sig.*

4 « Las inteligencias celestes que presidian á los astros, honradas al principio simplemente como ministros de Dios, llegaron á ser despues objeto de un culto directo é idolátrico. Este culto se extendió poco á poco á todos los espíritus encargados de velar sobre los elementos ó sobre el destino de las naciones y aun de cada hombre, sobre los animales, y aun sobre las producciones inanimadas de la naturaleza. El deseo de los bienes y el temor de los males, movieron á los hombres á adorar é invocar los seres que eran sus dispensadores inmediatos. Olvidando con esto al Señor soberano, y no mirando sino á los ejecutores de sus órdenes, se prosternaron delante de ellos como delante de la divinidad misma, y por todos los medios que una imaginacion desarreglada les sugirió, se esforzaron á aplacar su ira,

que despues de su muerte se creian elevados á un grado de poder y de perfeccion que los aproximaba á los espíritus celestiales; es decir, sustancialmente al culto de los *Angeles*<sup>1</sup> y de los *Santos*. Las pruebas de esto se hallan por todas partes. Católicos, protestantes, filósofos, todos convienen en ello: serian necesarios volúmenes para extenderlas si se hubiesen de recorrer las diversas religiones idolátricas que han reinado y reinan sobre la tierra; y no tendríamos mas embarazo que el de la eleccion. En efecto, ¿qué significan todas esas divinidades subalternas, esa vasta jeraquia de dioses, de genios de un poder limitado en sus atribuciones; subordinados unos á otros, nunca confundidos con el Dios supremo<sup>2</sup>

apartar su venganza ó asegurarse su proteccion. — Es indudable que el espíritu del mal, Satanás y sus ángeles, eternos enemigos del género humano, y cuya existencia testifica todo él, emplearian su poder funesto para precipitarle en este espantoso desorden. Excitando las pasiones de una criatura ciega y corrompida, embriagándola de abominables deseos, se hicieron adorar de los pueblos, y se vieron todos los delitos evocados del abismo atravesar el corazon del hombre é irse á sentar sobre infames altares. Asi por un horrible progreso de la depravacion, el culto de los espíritus vino á ser casi exclusivamente el culto del infierno y de sus príncipes. » *La Men. hic*, p. 79, 80.

<sup>1</sup> Es muy verosímil que los dioses de los Griegos hayan sido formados sobre la idea de los buenos y malos ángeles; y de ahí han venido tambien los *Egrogoras* de los Hebreos, los *ánedots* de los Caldeos, los *genios*, *Eonas*; en una palabra, los dioses y semidioses del paganismo. El testimonio de Filon (en su libro de los Gigantes) es expreso sobre este punto. « Moisés, dice, acostumbra » llamar *ángeles* á los que los otros filósofos llaman *demonios*. » — Aunque la palabra *demonio* se emplease comunmente por los Griegos para designar los ministros del Sér supremo, sin embargo se halla la palabra *ángeles* en Platon, el cual llama á Némesis el *Angel del juicio*, ó de la justicia de Dios. *De legib.* l. 10.

<sup>2</sup> Es no entenderse á sí mismos pensar que los gntiles confundian los diversos espíritus con el Dios supremo, ó que les aplicaban la verdadera nocion de la divinidad: esta supone necesariamente la unidad; y por consiguiente sería necesario decir que creían la pluralidad de un Dios *Unico*. En la idea verdadera de este entra el concebirle infinito, eterno, independiente. Ahora bien, si hay alguna cosa claramente reconocida es que los dioses del paganismo formaban una grande jeraquia de potestades limitadas y subor-

que traian su origen de él, y de él dependian como sus ministros? Qué significan.....

Basta, detengámonos: ¿De qué servirian los demás testimonios que podríamos producir? Cuando todas las generaciones humanas, sacudiendo el polvo, viniesen ellas mismas á decirnos: ved aquí lo que hemos creído, ¿estaríamos mas ciertos que han reconocido seres intermedios ó inteligencias, que traian su origen de Dios y dependian de él como ministros suyos? Lo estaríamos de que el conocimiento de un Dios único, eterno, padre de todo lo que existe, se conservó siempre en el mundo? Esta es la fe y creencia universal, la fe de todos los siglos y de todas las naciones. ¡Unanimidad maravillosa! ¡Concierto magnífico! ¡Qué majestuosa es esta voz que se eleva de todos los puntos de la tierra y del tiempo hácia el Dios de la eternidad!

Allá separadamente, en las tinieblas, se ha oido otra voz funesta, parecia salir de un sepulcro, y quebrarse entre huesos; era como la voz de la muerte. Los pueblos han aplicado el oido á este sonido lúgubre; sordas

dinadas unas á otras: ¿cómo pues podria concebirse cada una de ellas independiente? ¿Qué eran aquellas divinidades superiores é inferiores, si todos eran iguales, infinitos, etc.? Seamos justos para con los mismos, cuya ceguedad criminal lloramos: jamás cayeron en semejantes contradicciones; y aun se puede justamente dudar que un trastorno tan extraordinario de la razon haya, no digo existido, pero en su totalidad que sea posible. — « Es constante, dice Beausobre (*Hist. du Manicheisme*, lib. 9, c. 4, t. II, p. 654, 55.), que los paganos jamás confundieron sus dioses celestes ó terrestres con el Dios supremo, ni les atribuyeron la independencia ó soberanía. Observacion importantísima que desvanéce la frivola objecion con que un filósofo ha querido invalidar el solidísimo argumento de la existencia de Dios, tomado del consentimiento de los pueblos, apoyándose en que el politeismo lo habia tenido. Esto es cierto en un sentido, y falso en otro. Si por el politeismo se entienden muchos dioses soberanos independientes, es falso que los pueblos, hayan creído jamás muchos dioses (y aun, como acabamos de decir, es implicatorio). Todos han convenido en la unidad del Dios supremo. Ahora, si se entiende muchos dioses subalternos bajo un Dios supremo y Señor de todo, es cierto que ha habido un grande consentimiento de los pueblos en ello. » *La Mennais*, p. 59 y 60 de este segundo tomo.

blasfemias han llegado hasta ellos; todos han dicho: ¡Es el grito del Ateo! y se han estremecido de horror.

¡Criador de todos los Seres! todas las cosas atestiguan vuestra existencia; están en vos y vos estáis en ellas; las penetrais, las inundais de vuestra vida, os manifestais á ellas de mil diversas maneras, y ninguno puede desconocerlos é ignoraros. Las potestades celestiales, los innumerables espíritus á quienes habeis confiado la administracion de vuestras obras, os conocen y cantan vuestra gloria<sup>1</sup>, pero el hombre ha rehusado glorificaros; ha trasladado á la criatura el culto que solo es debido á Vos. En el extravío de su corazón, ha olvidado al Señor soberano para adorar á sus ministros y á sus súbditos rebeldes, para adorarse á sí mismo: este es su crimen, que vos solo, ¡oh buen Jesus! podeis borrar. Hombres, levantad los ojos al cielo, allí está vuestro padre: bajadlos hácia la cruz, allí está vuestro Redentor; y vuestro sér todo entero clame: ¡Adoracion, amor al Dios que ha criado el Universo! ¡Amor, adoracion al Dios que lo ha salvado!

Considerando pues lo que ofrecen de universal las creencias del género humano<sup>2</sup>, se ve que en todas partes se ha reconocido: 1º La unidad de un Dios eterno, omnipotente, criador y conservador. 2º La existencia de los espíritus intermedios de diferentes órdenes, que son los ministros del Dios Supremo en el gobierno del mundo; los unos buenos, á quienes es útil invocar, así como á las almas de los hombres virtuosos, elevadas despues de la muerte á un alto grado de gloria y de poder; los otros malos, y que debemos temer, porque sin cesar tratan de dañarnos. 3º La necesidad del culto.

Todas estas creencias son verdaderas; forman una parte principal de los dogmas cristianos; pues nosotros honramos á los Angeles y á los Santos, y los invocamos

1 Cæli enarrant gloriam Dei, Ps. xviii.

2 Antes de pasar adelante para quitar toda equivocacion debemos advertir, que cuando se dice que la verdadera Religion es universal, no es afirmar que todos los pueblos la hayan abrazado y seguido; lo que se quiere únicamente decir es, que en todas las naciones de la tierra se tenia noticia de lo esencial de ella, y de sus puntos fundamentales: y esto es lo que trata de probar el autor en todo este capítulo.

tambien. Pero los hombres han hecho mas; los han adorado<sup>1</sup>, y aun á los demonios mismos, violando así el primero de los deberes para con el Sér Supremo; y como hemos probado, la idolatría por su esencia no es la negacion de una verdad, sino la trasgresion de un precepto; no es un error, sino un crimen. Los gentiles tenían tanto menos excusa para cometerle, cuanto que en ninguna parte se ignoraba que el culto se debia principalmente dirigir al Dios Supremo. Este deber está expresamente señalado en un sinnúmero de pasajes, y muchos recuerdan hasta la obligacion de no adorar mas que á este Dios<sup>2</sup>, siempre atento á conservar por mil medios diferentes, en medio de un mundo corrompido, la memoria de su existencia y de su ley..... « Es necesario, » dice Hierocles, reconocer y servir á los dioses, pero de » modo que se ponga sumo cuidado en distinguirlos del » Dios Supremo, que es su Hacedor y su padre: no se » debe exaltar mucho la dignidad de ellos; y en fin, el » culto que se les dé, debe referirse á su único Criador, » á quien se puede nombrar propiamente el *Dios de* » *los dioses*, porque es Señor y el mas excelente de todos<sup>3</sup>. »

Este, y otros pasajes semejantes de Macrobio<sup>4</sup>, etc., nos hacen ver que aun en el seno del paganismo hubo siempre hombres que clamaron contra el principio de la idolatría. Esta estaba además condenada universalmente bajo otro respecto; porque abandonándose ella á cultos impíos y abominables, el mundo entero sabia que el culto de la divinidad debia ser santo.<sup>5</sup> En el teatro mismo resonaba esta máxima, consagrada por los poetas, filósofos y legisladores.

La Oracion<sup>6</sup> y el Sacrificio, hé aquí el culto, segun

1 La palabra *adoracion* en todo rigor es expresiva del culto de *latría*, propio de solo Dios: suele ya comunmente tomarse en un sentido mas lato, por *veneracion*.

2 S. Just. *Apol. 2. Oper.* p. 66.

3 Hierocel. *in Carmina Aur.* p. 10.

4 Macrobi. *Somn. Scipion.* l. 1, v. 14.

5 Cicer. *de Officiis*, lib. 2, c. 3, n. 11.

6 Voltaire, *Addit. à l'Hist. géner.* p. 38, édit. de 1763.

Platon; y no hay verdadero culto sin piedad y santidad<sup>1</sup>.... En los países y siglos mas corrompidos, la voz de la tradicion enseñaba á los hombres á respetar la santidad de los altares<sup>2</sup>, y á no dirigir á la Divinidad sino oraciones dignas de ella<sup>3</sup>. Las leyes mismas lo prescribian como una obligacion; y la de las doce Tablas amenaza con la *venganza de Dios* á cualquiera que la quebrante.

Podríamos alegar otros muchos testimonios semejantes; pero creemos estar probada suficientemente la universalidad de la tradicion, que manda dar á la Divinidad un culto santo.

La inmortalidad del alma, *dogma capital*, del cual *ninguno puede prescindir*, segun Celso<sup>4</sup>, fué tambien creida universalmente por todo el mundo, por confesion misma de los enemigos mas fogosos del Cristianismo. Voltaire<sup>5</sup> y Bolingbroke convienen expresamente en ello. Segun este último, «La doctrina de la inmortalidad del alma y » de un estado futuro de penas y premios, parece perderse en las tinieblas de la antigüedad: precede á todo » lo que sabemos de cierto. Desde que se comienza á » desembrillar el caos de la historia antigua, hallamos esta creencia establecida del modo mas sólido » en el espíritu de las primeras naciones que conocemos<sup>6</sup>. »

La misma idolatría está fundada en gran parte sobre este dogma, ¿Cómo se habria podido en efecto dar culto en todas partes á ciertos hombres despues de muertos, si se hubiese creído que todo el hombre perecía con la muerte? La metempsicosis, la necromancia, y otras mil supersticiones semejantes, suponen igualmente la creencia de la inmortalidad del alma.

1 Plat. *Eutiphro. Oper.* t. I, p. 28, 29, 31, 32. — *Id. de Legibus*, l. 4, t. VIII, p. 186, et lib. 10, t. IX.

2 Horat. *Carm. seculare*. — Séneca, *de Consolatione ad Marciam*, cap. 24.

3 Juvenal, *Satir.* 10, v. 356, 364. — Plaut. *Rudens. Prolog.*

4 Orig. *contr. Cels.* l. 8, n. 49.

5 V. *Cartas de algunos judios portugueses, etc.*, t. II.

6 Bolingbroke's *Works*, vol. V, p. 2, 37.

Esta era la doctrina de los Egipcios<sup>1</sup>, de los Caldeos<sup>2</sup>, de los Persas<sup>3</sup>, de los Indios<sup>4</sup>, de los Chinos<sup>5</sup>, de los Japones<sup>6</sup>, de los Griegos<sup>7</sup>, de los Romanos<sup>8</sup>, de los habitantes de la Tracia<sup>9</sup>, de los Getas<sup>10</sup>, de los Galos<sup>11</sup>, de los Germanos, de los Sarmatas, de los Scitas, de los Bretones, de los Iberos<sup>12</sup>, de los Americanos<sup>13</sup>, en una palabra, la doctrina de todas las naciones<sup>14</sup>.

Elas han creído igualmente que despues de la muerte el alma sufria un juicio irrevocable, al que seguian premios ó penas eternas<sup>15</sup>; y admittian además un estado intermedio de un verdadero *Purgatorio*, segun que el mismo Voltaire<sup>16</sup> y Warburton<sup>17</sup> lo reconocen formalmente<sup>18</sup>.

¿Quién no admirará la inmutable uniformidad de esta

1 Herod. l. 2, c. 122. — Battenx, *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. XLVI, p. 305. — 2 *Orac. chald.* cap. 10.

3 Pausanias, in *Messenac.* c. 32. — Foucher, *Mém. de l'Acad. des Inscr.* t. XLIV, p. 396, etc.

4 Strab. l. 15. — 5 *Lettr. edifiant.* t. XX y XXI.

6 *Aletan. quæst.* l. 2, cap. 24, p. 302.

7 Warburton, *Divin. legat. de Moses*, vol. II, l. 2, § 1. — Tim. *Loer. de anim. mundi.* — Thales, ap. *Diog. Laert.* in *Proemio*, § 9. — Arist. ap. *Plutarch. de plac. Philos.* l. 5, c. 24. — Platon, *de Repub.* l. 6, etc.

8 Cic. *Tusc. quæst.* l. 1, c. 12. — Senec. *Ep. CXVII.* Macrobius, *in somn. Scip.* l. 1, c. 14.

9 Pomp. Mela, l. 2. — 10 Herod. l. 4, c. 93.

11 Diod. *Cic.* l. 5, c. 122. — Mela, l. 3, c. 2. — Cesar, *de Bello Gall.* l. 6. — Lucan. l. 1. *Amm. Marcellin.* l. 15.

12 Brucker, *Hist. crit. phil. append. ad part. I*, l. 2, c. 11, t. VI. — Grotius, *de Verit. Rel. christ.* l. 1, § 22.

13 Robertson, *Hist. of América*, Book, 4, v. 2, p. 171. — Carli, *Letr. americ.* t. I, p. 105.

14 Valsecchi, *Fundam. de Religion*, t. I. — *Aletan quæst.* lib. 2, c. 8, p. 152.

15 *Ibid.* c. 23 y 24. — 16 *Addit. à l'Hist. génér.* p. 74.

17 *Divin. legat. of Moises*, vol. 1.

18 « Como se ignoraba la suerte de cada uno de los que morian, se oraba generalmente por todos los difuntos; y en los billetes que se enviaban para avisar la muerte de alguno, se añadia su encomio, á fin de interesar á que se pidiese por él. Habia su liturgia y fórmulas de oraciones por los muertos. Se invocaba hasta los santos en su favor, como lo prueban varias inscripciones de los sepulcros. Y todos los pueblos han tenido usos semejantes. » *La Hennaïs*, *ibid.*

doctrina, y la universalidad de la antigua tradicion, que instruyendo igualmente á los púeblos cultos y bárbaros, en todos los tiempos y en todos los lugares, ponía á distancia de 18 siglos las mismas palabras en la boca de un filósofo de Atenas y en la de un salvaje americano? Ciegos despreciadores de la ley divina, ¿lo entendéis? No solamente es ya el Evangelio el objeto de vuestro estúpido desprecio; es la antigua tradicion del género humano que señala vuestro lugar á la izquierda del soberano Juez, y os dice: *Id de aquí!*

Nada pues conmovió jamás la fe del género humano ni sus esperanzas. Por todas partes la virtud levanta con alegría sus miradas al cielo, adonde recibirá su recompensa, y el mismo crimen no se atreve á negar el suplicio que le espera. Una fuerza atrae al hombre hácia lo futuro; esta vida rápida no basta, no satisface á la conciencia del justo ni á la del malvado; para igualar el terror del uno y los deseos y esperanza del otro, se necesita alguna cosa infinita como el poder de Dios, y eterna como su justicia.

Es cierto que algunos insensatos han buscado la nada en la obra inmensa del Criador; la han llamado á grandes gritos en medio del universo; pero de mundo en mundo la vida sola les ha respondido.

Otros necios dando su débil razon por regla á la bondad de Dios y á sus juicios, han desechado el dogma de las penas temporales, la invocacion de los Santos, las oraciones por los difuntos, rompiendo así uno de los vínculos mas dulces de la sociedad religiosa universal, y no dejando entre el corazon del hombre y el objeto de su pena y sentimiento mas que el silencio del sepulcro. Pero su falsa sabiduría es confundida por la unánime tradicion de los puebllos; y mientras que estos hombres duros y presuntuosos se separan igualmente de las almas bienaventuradas y pacientes, porque su espíritu grosero no concibe otro medio de comunicacion que los sentidos, todas las naciones de la tierra y todas las edades repiten: *Santo y saludable pensamiento es orar por los difuntos, para que se vean libres de las penas de sus pecados*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Machab. II, XII, 46.* — Las oraciones por los difuntos es una de

El pecado mismo y el modo con que entró en el mundo, es objeto de una tradicion no menos antigua y general; y el dogma terrible de la caída de nuestro primer padre, y de la corrupcion de la naturaleza humana se encuentra en todas partes, y en todas ellas es uno de los fundamentos de la Religion universal, como lo nota Voltaire<sup>1</sup>.

Dejando ahora los innumerables testimonios que pudiéramos alegar sobre este punto, los hechos solos bastan para probar que la caída del hombre y la corrupcion de nuestra naturaleza, fueron siempre generalmente creidas. En efecto, ¿de qué otro principio sino podria venir el uso de los sacrificios cruentos? ¿Cuál seria su fundamento y la razon? ¿Porqué derramar la sangre, y muchas veces sangre humana, si no se estaba por todas partes persuadido que el hombre debia á Dios una grande satisfaccion, y que era para el un objeto de ira? ¿A qué fin tantas expiaciones, si nada habia que expiar? ¿Tan-

las *innovaciones* de que los protestantes acusan á los católicos; pero no advierten que desde el siglo II Tertuliano decia: « La esposa » pide por el alma de su esposo: y pide para él refrigerio: presenta » ofrendas (ó mas probablemente, hace ofrecer por él el santo sacrificio) el dia aniversario de su muerte. » Enimvero et pro anima ejus orat, et refrigerium interim adpostulat ei, et in prima resurrectione consortium, et offert annuis diebus dormitionis ejus. *De monogam.* cap. 10. *Oper.* p. 531; edit. Rigalt. \* Vease sobre esta creencia general el *Catecismo de Feller*, n. 480.

<sup>1</sup> *Quest. sur l'Encyclop.* \* « Todos los antiguos teólogos y poetas decian, segun refiere el pitagórico Philolao, que *el alma estaba en el cuerpo como en un sepulcro, en castigo de alguna culpa* (*Clem. Alex. Strom.* t. III, p. 264); Esta era tambien la doctrina de los Orphicos (*Platon. Cratyl. Oper.* t. III, p. 264), y como al mismo tiempo se reconocia que el hombre habia salido bueno de las manos de Dios, y que habia vivido en un estado de pureza y de inocencia (*Dicaearch. ap. Porphy. De abstin.* l. 4, p. 343. — *Plat. in Philab.*), el crimen por el cual era castigado, era por consiguiente posterior á su creacion. — ¿Pero cómo el pecado de un solo hombre ha inficionado toda su descendencia? ¿Cómo los hijos pueden justamente llevar la pena de la culpa de su padre? Que la llevan y sufren es un hecho constante; el cómo no es necesario explicar. Dios es justo, y somos castigados: hé aqui todo lo que es indispensable saber; lo demás es *pura curiosidad.* » *La Men.* Ibid.

tas hostias ó victimas, si no existian culpables? La conciencia despertada en todas partes por la tradicion, procuraba por estos medios aplacar al cielo irritado, suspender los castigos, cuya justicia sentia<sup>1</sup>; y el género humano condenado á muerte, pensaba menos ¡cosa notable! en pedir su gracia, que en rescatarse por la sustitucion de otra víctima.

La idea de que nacemos impuros, delincuentes ó criminales, estaba desde toda la antigüedad tan profundamente grabada en los corazones, que en todos los pueblos habia ritos expiatorios para purificar al niño á su entrada en la vida<sup>2</sup>.

Mas si siempre conoció y confesó el hombre su degradacion, tambien la esperanza de ser un dia restituído á su primer estado sostuvo su ánimo; y bajo el peso del pecado, que todo le recordaba, así exterior como interiormente en sí mismo, pudo aun alzar los ojos al cielo sin espanto. Todos los pueblos han esperado un Libertador, un personaje misterioso, divino, que segun los antiguos oráculos, debia traerles la salud y reconciliarlos con el Eterno.

Job, mas antiguo (*segun algunos*) que Moisés, é Idumeo de nacion, ponía toda su esperanza en este Mediador necesario, que al mismo tiempo era el libertador prometido. «Sé, decía, que mi Redentor vive, y que yo resucitaré de la tierra el último dia, y seré de nuevo revestido de mi carne; y en mi carne veré á mi Dios. Le veré, sí, yo mismo y no otro, y mis ojos le mirarán; esta esperanza está depositada en mi corazón<sup>3</sup>.»

La tradicion pues del Redentor extendida, como se ve, en el Oriente desde las primeras edades, subía por Noé y por los Patriarcas hasta el principio del mundo; y para prevenir el olvido en que pudiera acaso caer, Dios la recordaba á los hombres en los tiempos antiguos por profecias sucesivas. Así es como el hijo de Beor, sacer-

<sup>1</sup> *Essai sur l'hist. génér., et sur les mœurs et l'esprit des nations*, chap. 20, t. III, p. 205.

<sup>2</sup> *More Nevoch*. c. 37, p. 3. — Festo, Carli, *Letr. amér.*, etc.

<sup>3</sup> *Job*, XIX, 25, 27.

dote del verdadero Dios como parece<sup>4</sup>, revelando á las naciones su palabra, la doctrina del Altísimo y las visiones del Todopoderoso, clamaba quince siglos antes de Jesucristo: «Yo le veré, pero no ahora; le contemplaré, pero no de cerca. Se levantará la estrella de Jacob y el cetro de Israel; de Jacob saldrá el que debe reinar<sup>5</sup>.»

Los términos mismos de la profecía denotan claramente que se refiere á una creencia anterior y á un personaje conocido, pero envuelto en una oscuridad misteriosa; porque antes del cumplimiento de las promesas, los hombres no podían ni debían tener del Mesías un conocimiento tan perfecto como después de su venida. Sin embargo, Job le llama *Dios* expresamente, é indica que este Dios será revestido de un cuerpo, pues que el le verá en su carne, y sus ojos le contemplarán<sup>3</sup>.

«El Altísimo, dice Faber<sup>4</sup>, anunciando la aparicion de un Salvador victorioso, quería impedir que las naciones cayesen en la desesperacion ó en la ignorancia. Hallámos en efecto, que una viva esperanza de un libertador y reparador poderoso, vencedor de la serpiente, é hijo del Dios supremo, esperanza derivada en parte de la profecía de Balaam<sup>5</sup>, y en parte de la tradicion mas antigua de Abraham y de Noé, no cesó jamás de prevalecer de un modo mas ó menos preciso y distinto en toda la extension del gentilismo, hasta que los Magos guiados por un meteoro sobrenatural, vinieron del Oriente á buscar la *Estrella* destinada á levantar á Israel y trastornar la Idolatría.»

<sup>1</sup> Foucher, *Mém. de l'Acad. des Inscr.* t. LXVI. — S. Aug. *De div. quest. ad Simplicianum*, l. 2, q. 1, n. 9.

<sup>2</sup> *Num.* xxiv, 15, 16, 17, 19.

<sup>3</sup> Como los ojos corporales no pueden ser elevados á ver la esencia divina, porque es fuera de su objeto ver los espíritus, si Job en su carne y con sus mismos ojos corporales esperaba ver á Dios, es preciso creyese que este Dios redentor que esperaba, tomara cuerpo ó encarnaria.

<sup>4</sup> *Horæ mosaicæ*: On a Dissertation on the credibility and theology of the Pentateuch; by George Stanley Faber, vol. II, sect. 1, ch. 2, p. 98, second: édit. London, 1818.

<sup>5</sup> Esta profecía estaba esparcida en el Oriente. *Bibliot. orient.* art. *Zerdasch*. t. VI.

Esta no era casi toda ella otra cosa que una corrupcion un abuso del dogma mismo de la mediacion <sup>1</sup>, y prueba invenciblemente la verdad de este dogma, *unido* de una manera inseparable al de la degradacion de nuestra naturaleza; como la multitud de remedios ridículos é ineficaces prueba la *realidad* de las enfermedades que nos afligen, y la *necesidad reconocida* de un remedio eficaz.

En la esperanza perpetua en que estaban los pueblos de este Enviado celestial, creian verle en todos los personajes extraordinarios que parecian en el mundo <sup>2</sup>; pero no correspondiendo aquellos falsos libertadores á las esperanzas y necesidades de los hombres, estos esperaban sin cesar otros nuevos <sup>3</sup>; y el verdadero Mesías era siempre, sin que ellas mismas lo supiesen, el *Deseado de las naciones* <sup>4</sup>.

A medida que se aproximaba su venida, una luz extraordinaria se esparcia en el mundo; esto era, como los primeros rayos de la *estrella* de Jacob; y la esperanza era tan viva, que segun una tradicion de los judíos consignada en el Talmud y en otras muchas obras antiguas, un gran número de gentiles fueron á Jerusalem hácia la época del nacimiento de Jesucristo, á fin de ver al Salvador del mundo cuando viniere á rescatar la casa de Jacob <sup>5</sup>.

El Apóstol San Pablo explicando á los Hebreos el dogma de la Redencion, fundamento de todo el Cristianismo, nos conduce á otra prueba de la expectacion general de un Redentor prometido: *No hay remision*, dice <sup>6</sup>,

<sup>1</sup> « Los dioses de los paganos no eran otra cosa que mediadores para con el Dios supremo, ó á lo mas ministros plenipotenciarios, encargados de dispensar sus gracias á los que eran dignos de ellas. Beausobre, *Hist. du Manich.* l. 9, c. 5, t. II. \* En una palabra, corrupcion del culto de los ángeles, etc.

<sup>2</sup> Voltaire, *Essai sur l'hist. génér.* c. 120, t. III.

<sup>3</sup> *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. XXIV, p. 500. — 4 *Ibid.* t. LXVI, p. 242. Vid. et *Alnetan quæst.* l. 2, cap. 13.

<sup>5</sup> *Talmud. Babilon. Sanhedrin*, c. 2. *Defensa de la Religion crist.* por don Juan Heydeck (*rabino convertido*), t. II, p. 79, Madrid, 1798.

<sup>6</sup> *Ad Hebr.* ix, 22.

*sin la efusion de sangre.* « Ninguna nacion, afirma el » Conde Maistre <sup>1</sup>, ha dudado que en la efusion de ella no » hubiese alguna virtud expiatoria.... » « La historia, » añade, no presenta una sola disonancia en todo el uni- » verso. Se creia, como se ha creido siempre y siempre » se creará, que el inocente podia satisfacer por el culpa- » ble. Y de ahí el elegir siempre animales los mas mansos » é inocentes, que por su instinto y hábitos tuviesen » mas relacion con el hombre. No pudiendo inmolar al » hombre para salvar al hombre, escogian en la especie » animal las víctimas mas humanas, si es lícito explicarse » así. Pero nada lo prueba mejor que los sacrificios hu- » manos, » pues no faltaron pueblos donde se entabló » tambien esta execrable costumbre.

Así pues la esperanza de un Hombre-Dios, Salvador y doctor del género humano, es tan antigua como el mundo; y sea que se consideren las creencias de los pueblos, los testimonios de los poetas y de los filósofos las instituciones religiosas, los ritos expiatorios, y particularmente el sacrificio en todas las naciones, es manifiesto que no ha habido jamás tradicion mas universal. El mismo Boulanger, á pesar de su odio contra el Cristianismo, no ha podido menos de reconocerlo. Confiesa que los antiguos esperaban dioses libertadores que debian reinar en forma humana.... y encuentra esta opinion profundamente arraigada en el espíritu de todos los pueblos, y cita de ella ejemplos admirables. « Los » Romanos, dice <sup>2</sup>, á pesar de ser tan republicanos, es- » peraban en tiempo de Ciceron un Rey predicho por las » Sybilas, como se ve en el libro de *Divinatione* de este » orador filósofo; las miserias públicas debian ser el » anuncio de ello, y su consecuencia la monarquía uni- » versal.... Los Hebreos lo esperaban tambien.... El » oráculo de Delfos, como se ve en Plutarco, era deposi- » tario de una antigua y secreta profecía sobre el futuro » nacimiento de un hijo de Apolo que traeria el reino de » la justicia: todo el paganismo griego y egipcio tenian

<sup>1</sup> *Soirées de St-Petersbourg. Eclaircissement sur les sacrifi- ces*, t. II, p. 394 y 396.

<sup>2</sup> *L'Antiquité dévoilée par ses usages*, t. II, l. 4, ch. 3.